

JOSÉ LUIS CORRAL



LOS
AVSTRIAS

EL DUEÑO DEL MUNDO

AMBICIÓN, SEXO, PODER:
LA GRAN SAGA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO

 Planeta

José Luis Corral



Los Austrias III.
El dueño del mundo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Luis Corral, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2019

Depósito legal: B. 4.311-2019

ISBN: 978-84-08-20564-7

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

MELANCOLÍA

Toledo, mediados de junio de 1539

—Debemos informar al emperador de los graves sucesos que están aconteciendo en Gante —le dijo el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo y primado de España, al secretario de Estado Francisco de los Cobos.

—Tenéis razón, cardenal, es tiempo de que su majestad vuelva a preocuparse de los asuntos de gobierno.

—La muerte de la emperatriz lo ha sumido en una profunda depresión, pero el Imperio y España necesitan a su soberano. Es hora de que abandone ese estado de melancolía en el que se ha sumido o perderá todos sus dominios.

Los dos principales consejeros de Carlos de Austria acababan de enterarse por un mensajero enviado por María de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, de que la ciudad de Gante, la que vio nacer al emperador, se había rebelado.

—¿La situación es tan grave como dice doña María?
—preguntó el cardenal Tavera.

—Parece que sí. La hermana de su majestad es una mujer extraordinaria y con grandes capacidades, como ha demostrado en su acción de gobierno, pero este asunto requiere de la intervención directa del emperador.

—¿Qué ha pasado?

—Hace tiempo que los mercaderes de Gante andan

molestos porque dicen que pagan demasiados impuestos. Se han quejado en varias ocasiones ante doña María de la extorsión a la que, según ellos, están siendo sometidos. Dicen que con su dinero se sostiene la guerra que don Fernando, el hermano del emperador, está librando en las fronteras de Hungría contra los turcos y se han negado a seguir pagando —comentó De los Cobos.

—¿Eso es cierto?

—Estimado cardenal, el Imperio necesita dinero, mucho dinero, para mantener las fronteras y defender a la cristiandad, y alguien tiene que pagarlo. Doña María adora a su hermano y solo desea lo mejor para don Carlos. Por ello se ha encargado de recaudar cuanto dinero ha podido en las ciudades de Flandes. Y todo cuanto atesoraba lo enviaba para esos fines. Pero se olvidó de pagar a los soldados destacados en esa región, que la han acusado de quedarse con parte de esos tributos.

—Por lo que decís, la situación es grave.

—Muy grave, cardenal, muy grave. Los ciudadanos de Gante han denunciado que no se respetan sus privilegios y se han alzado en armas. ¿Recordáis la sublevación de los comuneros de Castilla y de los agermanados de Valencia? Pues este caso de los mercaderes de Gante puede ser incluso peor, y acontece todo esto en un momento muy delicado, con los turcos ganando posiciones en el Mediterráneo, amenazando de nuevo las fronteras orientales del Imperio y con todos esos codiciosos conquistadores matándose entre ellos en sangrientas disputas por adueñarse de las riquezas y el poder del Nuevo Mundo.

—Debemos convencer al emperador para que salga de su ensimismamiento y retorne a gobernar el Imperio.

—Tenemos que hacerlo, sí, y sin demora —asentó De los Cobos.

—¿Creéis que podremos convencerlo?

—Lo que ha ocurrido en Gante no se puede tolerar. Los rebeldes han tomado el poder en la ciudad, han liberado a los cabecillas de la revuelta que doña María había encarcelado, han expulsado a los consejeros y justicias del emperador, han derribado sus casas, han nombrado capitanes propios para su milicia y han acabado con todo signo de autoridad. Además, están procurando que su rebelión se extienda a otras ciudades de Flandes y han escrito al rey de Francia prometiéndole que le entregarán la ciudad y todo Flandes si apoya su revuelta.

—¡Eso es alta traición! —exclamó el cardenal Tavera.

—Sí, lo es. Pero el rey Francisco anda ahora en paz con el emperador y no desea romper, por el momento, esta situación, de manera que ha rechazado la oferta de los de Gante.

—¿Os han informado nuestros espías en París del contenido de esas cartas?

—No. Lo ha hecho el propio rey de Francia. Ayer llegó una misiva suya en la que relata el ofrecimiento de los de Gante y su respuesta negándose a secundar esa traición.

—Nunca entenderé a ese taimado monarca francés. Es capaz de aliarse con los turcos y a la vez de avisarnos de que se está tramando una traición contra el emperador.

—Don Francisco —continuó De los Cobos— dice en su carta que han sido unos pocos los que han logrado engañar a la mayoría de los ciudadanos de Gante y que, con mentiras y embustes, han arrastrado tras ellos a la mayoría del pueblo.

—Supongo que es la forma de evitar que cargue toda la ciudad con la culpa, sino solo los cabecillas de la rebelión.

—En cualquier caso, su majestad debe conocer lo ocurrido y decidir qué hacer. Si os parece, enviaremos un mensajero a don Carlos con la carta de su hermano y con un memorial que detalle lo ocurrido en Gante. Tal vez así

reaccione, abandone su aislamiento y retome las riendas del Gobierno.

—De acuerdo, don Francisco, así lo haremos.

Monasterio de Santa María de Sisle, cerca de Toledo, mediados de junio de 1539

El emperador, con los ojos enrojecidos, miró a través de la ventana. La campiña de Toledo se extendía hasta el horizonte azul salpicada de árboles, como aisladas lágrimas verdes.

Encima de la mesa de su celda había dejado su desayuno sin tocar.

Abrió una cajita forrada de terciopelo rojo y extrajo una cruz de su interior. Era la que había sostenido en sus manos la emperatriz Isabel en el momento de su muerte, en la que estaba depositado su último beso. Carlos posó sus labios sobre el crucifijo y volvió a introducirlo en la cajita. Juró que no se separaría de aquella cruz.

«Nunca habrá otra como Isabel, nunca», pensó Carlos. De nuevo musitó las mismas palabras de la noche anterior, cuando vio el cometa brillar en el cielo oscuro sobre el monasterio de San Jerónimo.

Había perdido a su esposa, a la madre de sus dos hijos legítimos, a su mejor compañera, a la mujer que había sostenido con acierto durante sus largas ausencias el gobierno de los reinos de España.

—Majestad...

Una voz respetuosa se oyó a su espalda. Era su confesor, la única persona que lo había acompañado a su retiro en el monasterio tras la muerte de la emperatriz.

—Decidme —musitó el emperador, sin apenas ganas de articular palabras y sin volver la mirada.

—Como habéis ordenado, ya está todo listo para que

el cuerpo de doña Isabel, que Dios acoja en su seno, sea trasladado a Granada, donde recibirá cristiana sepultura.

—Granada...

—Mi señor...

—En mis treinta y nueve años de vida, solo he sido plenamente feliz aquellos meses en Granada.

—Pero nunca volvisteis a esa ciudad —alegó el confesor.

—No, no lo he hecho. Solo regresaré allí cuando Dios me llame a su lado para que mi cuerpo yazca para siempre al lado del de Isabel. Será mi hijo don Felipe quien encabece la comitiva que traslade el féretro con los restos de mi esposa la emperatriz a Granada, tras el solemne funeral en la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo.

—Nuestra Santa Madre la Iglesia nos enseña que resucitaremos en cuerpo y alma. Nuestra amada señora la emperatriz murió en gracia de Dios y vuestra majestad es su más fiel servidor, de modo que ambos gozaréis juntos de la vida eterna en el paraíso —dijo el confesor.

—Nunca volveré a casarme, nunca. —Carlos mantenía sus ojos fijos en el horizonte—. No habrá jamás ninguna mujer como Isabel. Ninguna.

—Eso os dejará más tiempo para gobernar el Imperio, mi señor.

—¿Gobernar el Imperio...? No tengo ninguna gana de volver a ocuparme de las cosas de este mundo.

Carlos aspiró un bocanada de aire con toda la fuerza de sus pulmones.

Unos golpes sonaron en la puerta de la sala y tras unos instantes sin respuesta alguien la abrió desde fuera.

—Señor, traigo un mensaje urgente para vuestra majestad —anunció un caballero con el rostro sofocado por las prisas.

—Dije que no se me molestara salvo por casos de extrema gravedad... —comentó Carlos sin dejar de mirar por la ventana.

—Este lo es, mi señor.

Carlos se volvió entonces hacia la puerta y fijó sus ojos en el mensajero, que portaba una carta en su mano.

—¿Qué es ese asunto tan grave? —le preguntó.

—Esta carta es de vuestra tía doña Margarita. La ha traído un correo desde Bruselas reventando caballos por el camino. La ciudad de Gante se ha rebelado.

Al escuchar que los ciudadanos de la localidad donde había nacido se habían sublevado, Carlos apretó los puños.

—¿Qué ha ocurrido?

—La ciudad de Gante no reconoce la autoridad de vuestra tía como gobernadora de los Países Bajos y sus súbditos se han negado a pagar los impuestos que les corresponden.

—Dame esa carta.

El mensajero se la entregó al emperador, que la leyó junto a la ventana.

—¡Aplastaré a esos desagradecidos! ¡Aplastaré Gante! —sentenció—. Llama a un secretario, voy a dictarle una carta.

Carlos le anunció a doña Margarita que saldría en cuanto le fuera posible hacia Gante, a la vez que le pedía que le enviara un retrato de su esposa fallecida, pues, ante su falta, al menos podría confortarse contemplando su rostro en una pintura.

Valladolid, fines de junio de 1539

Pablo Losantos, médico real, acudió a su casa corriendo a través de las calles de Valladolid, con cuidado de no ser alcanzado por las porquerías que algunos de los que hacían sus necesidades en orinales en lo alto de las casas solían arrojar por las ventanas al grito de «¡Agua va!».

Cuando se presentó ante su cama, su esposa ya estaba

muerta. Leonor de Urrea, hija de una familia de infanzones aragoneses, había sufrido un ataque al corazón. Avisado de ello por su hija, Pablo llegó demasiado tarde.

Habían estado casados veintisiete años y habían tenido cuatro hijos. Alonso, el primogénito, murió a los dos meses de nacer, y Beatriz, la menor, a los dos años. Luis, que tenía dieciocho años, estaba estudiando en Salamanca, e Isabel, de diecinueve, seguía con su padre, dedicada a preparar las medicinas que este utilizaba como le había enseñado su tía María Losantos, que también vivía en la casa familiar de Valladolid.

—Cayó fulminada mientras estaba preparando la comida con nosotras. Traté de reanimarla, pero su corazón había dejado de latir. Le dije a Isabel que corriera a buscarle. Lo siento, hermano, lo siento. —María Losantos lloraba desconsolada ante el cadáver de su cuñada.

—¡Madre, madre! —gemía Isabel Losantos, angustiada por el trágico acontecimiento que acababa de suceder.

Pablo estaba conmovido. Una y otra vez, a cada instante, tomaba la muñeca de su esposa para buscar su pulso y colocaba su oreja sobre el pecho para escuchar si latía el corazón de Leonor, pero no sentía nada.

Por fin, tras más de dos horas sin apenas moverse, Pablo se incorporó.

—Está muerta..., muerta... —musitó apenado, consciente de que Leonor de Urrea nunca volvería a abrir los ojos—. Iré a buscar al párroco.

Los Losantos descendían de una familia de judíos de Toledo; dedicados a la medicina y a la fábrica de armas, habían decidido convertirse al cristianismo y bautizarse cuando los Reyes Católicos instauraron la Inquisición en las Coronas de Castilla y de Aragón.

Pablo Losantos había sido bautizado al nacer y no estaba circuncidado. Era hijo de Pedro y de Juana de la Cruz, los dos conversos. Pedro Losantos había sido médico de

los hijos de los Reyes Católicos y había asistido a la reina Isabel en los últimos meses de su vida. Luego pasó al servicio del rey Fernando y lo acompañó en sus últimos meses de vida, cuando el abuso de consumo de cantaridina, un polvo elaborado con el caparazón de un escarabajo llamado «la mosca verde», le provocó toda una serie de disfunciones que lo llevaron a la muerte.

Pablo había estudiado medicina en la prestigiosa escuela de Salerno, en el reino de Nápoles, la única de toda la cristiandad donde se practicaban los eficaces remedios de la medicina oriental de los mejores médicos musulmanes. Había sido ayudante de su padre y, tras la muerte de este en el año 1522, fue nombrado médico de la corte. Gracias a sus conocimientos, y a pesar de las reticencias por el origen judío de su linaje, Pablo fue nombrado médico de la corte del emperador Carlos.

A sus cincuenta y cinco años era uno de los médicos más prestigiosos y muy querido en Valladolid porque, a pesar de su categoría como médico del emperador, no dudaba en ayudar a los necesitados de sus servicios, incluso asistía a aquellos pobres que no podían pagar sus tratamientos ni siquiera con las limosnas que mendigaban a las puertas de las iglesias.

—El entierro será en el templo del Salvador. Tu madre era devota, pues la catedral de Zaragoza, la ciudad donde nació, tiene esa misma advocación. El párroco me ha asegurado que procurará que la sepultura esté lo más próxima que sea posible al altar mayor.

Pablo acababa de regresar de hablar con el párroco de esa iglesia, que le había prometido esa preferente ubicación para la tumba de su esposa a cambio de diez doblas de oro.

—¿Vendrá Luis al entierro? —preguntó Isabel, que echaba de menos a su hermano.

—No le dará tiempo a llegar. Si se apura mucho, hay

tres días de camino; dos si se cabalga toda la jornada a lomos de un buen caballo. Le acabo de enviar una carta con un correo real que sale cada dos días. No podrá estar aquí antes de una semana —dijo Pablo.

Así fue. Luis Losantos recibió la carta de su padre con la notificación del fallecimiento de su progenitora cuando los restos de Leonor de Urrea ya estaban enterrados en el suelo de la iglesia del Salvador, en el lado de la epístola, bajo el arco que daba acceso a la capilla de San Juan Bautista, mandada edificar como panteón familiar por Gonzalo González de Illescas, quien fuera alto oficial de los Reyes Católicos.

Pese a saber que ya no llegaría a asistir al entierro de su madre, Luis Losantos se presentó en Valladolid, pues quería estar unos días con su familia en aquellos momentos de duelo.

La casa estaba en silencio. Solo se escuchaba el borboteo de un guiso que se cocía lentamente en un puchero al fuego de la chimenea del hogar.

Sobre la mesa de la cocina María e Isabel Losantos seleccionaban unas hierbas con las que preparar infusiones y remedios para ciertos males, mientras a la luz de una ventana y con la ayuda de una lente, pues los ojos de Pablo Losantos comenzaban a perder claridad, el médico leía una copia manuscrita de unos apuntes de anatomía de un joven médico llamado Andrés Vesalio, que la cancillería imperial le había enviado para que lo revisara y ofreciera su opinión.

Natural de Bruselas e hijo de un boticario de esa ciudad, Vesalio había estudiado en Bruselas, Lovaina y París, y hacía dos años había impartido en la Escuela de Medicina de la Universidad de Padua una lección de anatomía sobre la disección de un cadáver. Aquella clase causó tal impresión que le concedieron una cátedra de anatomía y cirugía, a la

vez que le solicitaron que escribiera un libro, que el Senado de la República de Venecia se comprometía a editar con profusión de ilustraciones.

Dos golpes rompieron el silencio en la casa.

—Padre, hermana, soy yo, Luis —se identificó una voz al otro lado de la puerta.

Isabel la abrió y se echó en brazos de su hermano.

Al punto salieron su tía María y su padre, que también lo abrazaron.

—Hijo, no tenías por qué haber venido. Tu madre ya reposa en su tumba.

—Hace tan solo cuatro días acabé mi último examen de este curso, pero quería estar cuanto antes a vuestro lado. ¿Cómo ocurrió?

—Pasa, hijo, y come algo; estarás hambriento por el viaje desde Salamanca.

María le sirvió a su sobrino un buen plato del guiso de carnero con nabos y cebollas.

—Fue un ataque al corazón. Fulminante. No sufrió dolor alguno —se limitó a explicar Pablo a su hijo, quien rechazó un segundo plato que le ofreció su tía.

—Quiero rezar ante su tumba —dijo Luis.

—Iremos mañana temprano, cuando abran las puertas de la iglesia del Salvador.

Luis pasó unos días con su familia en Valladolid. Pretendía contarle a su padre que deseaba dejar la Universidad de Salamanca para continuar sus estudios en la de París, pero no quería interrumpir el duelo y lo dejó hasta que transcurrieron un par de semanas. Por fin, se decidió a hablar.

—Padre, ya domino el latín y gracias a lo que tú me has enseñado desde muy pequeño tengo suficientes conocimientos como para acabar mis estudios sobre medicina en tres años, pero he decidido estudiar... astrología.

—¡Cómo! —se sorprendió Pablo.

—En Salamanca no se presta demasiada atención a esta disciplina. En esta universidad solo interesan la teología y el derecho. Y, además, la mayoría de los tres mil alumnos son de condición eclesiástica, de manera que hay serios recelos hacia esta materia.

—Tu abuelo Pedro, tu bisabuelo Mosés —Pablo Lo-santos utilizó el nombre hebreo de su abuelo, bautizado como Pablo—, tu tatarabuelo David y así hasta que hay memoria de nuestra familia en Toledo, han sido médicos; yo soy médico, tú deberías ser médico.

—Tu hermano Juan fue armero —dijo Luis recordando a su tío, juzgado por la Inquisición y ejecutado en Toledo por su homosexualidad y por ser culpable de prácticas sexuales contra natura.

—Juan era un hombre... distinto.

—Padre, quiero estudiar astrología.

—Hijo mío, esa disciplina está comenzando a ser mal vista por la Iglesia.

—Pero si los reyes, los nobles e, incluso, los papas y los obispos consultan a los astrólogos antes de tomar sus decisiones. Tú mismo me dijiste que el abuelo Pedro te contó cómo el rey Fernando el Católico pedía informes a astrólogos, como el célebre Basurto.

—Así era antes. Pero desde que ese monje alemán, Lutero se llama, puso patas arriba todos los postulados de la Iglesia de Roma, los papas andan reprimiendo cualquier idea que se salga del estricto dogma. Autores como Erasmo de Rotterdam, tan leído y admirado hace diez o veinte años, ahora son cuestionados. Aunque murió hace tres años y ya nada pueden hacer contra él, no me extrañaría que quienes hoy gobiernan en el Vaticano condenen sus libros, los prohíban e incluso den la orden de quemarlos.

—¡Erasmo era un sabio!

—Eso nada les importa a los cardenales que ahora

mandan en la curia romana. Están asustados ante la magnitud de la Reforma y la pérdida de poder en buena parte de la cristiandad. La Iglesia de Inglaterra ya no obedece al papa, pues su rey Enrique se ha proclamado cabeza de su propia Iglesia, y media Alemania y buena parte de los lejanos países del norte de Europa han aceptado las tesis de Lutero; se proclaman reformistas y abominan del papa. El pasado mes de abril ni siquiera el emperador fue capaz de imponer en Alemania las tesis de los católicos y se vio obligado a llegar a un acuerdo por el cual reconoció la igualdad entre la liga católica y la reformista. Imagínate la fuerza que han tomado. Pero Roma no va a consentir que lo que llaman ya «herejía protestante» se extienda hacia el sur, por Francia, Italia y España, pues en ese caso quienes gobiernan el Vaticano perderían todo su poder y esos cardenales, que ahora nadan en los mayores lujos y opulencias, dejarían de vivir como los más ricos de los príncipes. No, no lo consentirán.

—Nada me importan esos cardenales viciosos y corruptos. Quiero estudiar astrología, padre. Quiero conocer las estrellas, las constelaciones, el cielo... Y eso solo puedo hacerlo en París. Deseo ir a esa ciudad este mismo año. El título de Salamanca y el ser hijo de un médico del emperador me abrirá las puertas de esa universidad. Y, si se trata de dinero..., yo trabajaré en lo que sea para pagarme los estudios y...

—No. Tengo dinero suficiente para correr con tus gastos en París, pero lo que no quiero es que te metas en problemas por estudiar una disciplina que la Iglesia está a punto de condenar. Ya hemos tenido bastante con un ejecutado en la familia.

—El tío Juan vivió como le dictó su conciencia. Siempre me dijiste que fue un buen hombre.

—Claro que lo fue.

—Entonces, ¿su muerte fue en vano? ¿Su valentía ante

la vida no sirvió para nada? ¿Su muerte quedará en el vacío? ¿Su recuerdo, en el olvido?

Pablo Losantos miró a los ojos a su hijo y se vio él mismo, treinta años atrás, cuando debatía con su propio padre asuntos semejantes. Y cedió.

—De acuerdo. Le pediré al emperador que te conceda licencia para ir a París; pero dirás que quieres estudiar medicina. Una vez allí, haz lo que estimes oportuno.

—El curso comienza en septiembre.

—Tendrás que darte prisa en preparar todo lo necesario. Hay un colegio en París donde podrías alojarte, el de Montaigu, al que también llaman el de los Lombardos. Es uno de los más baratos; no puedo pagarte uno mejor.

—Gracias, padre, gracias.

—Mañana a primera hora del día se celebra la primera de las misas por tu madre. He dejado pagadas doce, una cada mes durante un año, al párroco del Salvador. No faltes.

Madrid, mediados de julio de 1539

Convencido por los argumentos del cardenal Tavera y del secretario Francisco de los Cobos, el emperador abandonó el convento de San Jerónimo y decidió que era tiempo de retomar el gobierno de sus Estados.

Antes de dejar Toledo para dirigirse a Madrid ordenó que se guardaran dos años de luto oficial por la muerte de la emperatriz y que se cumplieran de manera especial en la casa de su hijo el príncipe Felipe, a cuyo frente como mayordomo nombró a Juan de Zúñiga.

Sabía que su obligación era ocuparse de los despachos que se amontonaban sobre la mesa de trabajo de la cancillería, pero no podía quitarse de la cabeza el atormentador recuerdo de la muerte de su esposa y la idea de que no volvería a verla jamás; si acaso en la otra vida.

Andaba ya a unas pocas millas de Madrid cuando decidió pernoctar en una casa de campo propiedad de uno de sus consejeros. Las semanas pasadas en la soledad del monasterio le habían dejado huella y no quería volver todavía a encontrarse con demasiada gente. No es que se hubiera acostumbrado a la soledad, pero tampoco le apetecía saludar a tantos como demandaban audiencia. Unos días en el campo le vendrían bien.

Por fin, mediado el mes de julio, con el calor apretando de firme, el emperador se instaló en el alcázar real de Madrid. Lo primero que hizo fue firmar un informe sobre las cuentas del tesoro y aprobar unas ordenanzas al respecto. Ese mismo día contestó a una carta del condestable de Castilla en la que le rogaba que le enviara copia de los acuerdos matrimoniales de sus dos hermanas con los reyes de Portugal y de Francia, pues el rey Juan de Portugal los demandaba.

—¿Qué quiere ahora mi primo el portugués? —preguntó el emperador a Francisco de los Cobos, usando el trato familiar que se solían dar entre sí los reyes cristianos.

—No es lo que quiere, majestad, sino lo que no quiere.

—Explicaos, don Francisco.

—Señor, el rey de Portugal se niega a entregar a su hija María como esposa de vuestro hijo el príncipe don Felipe.

—¡Cómo!, pero si eso era lo que habíamos acordado —se enojó el emperador.

—Sí, majestad, pero ese acuerdo se trató hace unos meses. Ahora el rey de Portugal alega que las circunstancias han cambiado y...

—¿Es que no existe un solo rey en toda la cristiandad que sea de fiar? —se preguntó el emperador.

—Hay otro asunto más grave todavía, majestad.

—¿Gante otra vez? Ya le he escrito a mi hermana diciéndole que saldré hacia Flandes en cuanto sea posible

para hacerme cargo personalmente de sofocar esa revuelta.

—No, mi señor. Se trata de los turcos; Barbarroja se dirige con una flota poderosísima y más de cincuenta mil hombres hacia la fortaleza de Castelnuovo, en la costa de Dalmacia, donde ha quedado aislado uno de los tercios viejos.

—Pues enviad una flota a su encuentro.

—No tenemos tiempo ni recursos suficientes, señor. El almirante Andrea Doria ha intentado llevar ayuda a esos hombres, pero sus galeras han sido rechazadas.

—¿Eso quiere decir que nuestros soldados en Castelnuovo no van a recibir ayuda alguna de nuestra parte, que están aislados y solos ante un gran ejército turco?

—Me temo que así es —asentó De los Cobos.

—¿Cuántos hombres forman ese tercio?

—Tres mil.

—¿Un tercio completo?

—Así es, majestad.

—¿Qué posibilidades tienen de resistir hasta que podamos enviarles ayuda?

—Muy pocas, probablemente ninguna. Además, no estaremos en condiciones de organizar un ejército de socorro antes de la próxima primavera.

—Para entonces estarán todos muertos.

De los Cobos calló.

—Que Dios se apiade de ellos —dijo Carlos mientras se persignaba.

Castelnuovo, costa de Dalmacia, mediados de julio de 1539

El duelo del emperador por la muerte de Isabel había hecho que se perdiera un tiempo precioso. Los otomanos, asentados en su poderoso imperio a caballo entre Europa

y Asia, seguían acordando pactos secretos con Francia. El dominio español en el Mediterráneo se tambaleaba.

En los meses previos al verano de ese año de 1539 varios embajadores enviados en secreto por Carlos de Austria no habían logrado convencer al corsario Barbarroja para que se pasara de su lado, como pocos años antes sí hiciera el genovés Andrea Doria. Sin duda, el sultán turco estaba en condiciones de pagarle más dinero del que podía ofrecerle el emperador. Además, los venecianos, que integraban con el Imperio y con el papado la Santa Liga, no pretendían otra cosa que conseguir mejoras comerciales para sus mercaderes en territorio otomano; Francia seguía boicoteando cualquier alianza entre los Estados cristianos y mantenía sus pactos secretos con los turcos; el papa recelaba de cuantas propuestas hacía el emperador; y el propio Carlos, que tenía serias dificultades en Alemania, no había sido capaz de convencer a las cortes de las Coronas de Castilla y León y de Aragón para que le concedieran los recursos económicos que demandaba para sostener la guerra naval.

Aquel año los otomanos estaban eufóricos. Unos meses antes habían logrado conquistar las islas de Naxos, Paros, Santorini y Andros, posesiones venecianas en el mar Egeo, aprovechando la decadencia del poderío marítimo de la República de Venecia y las diferencias que enfrentaban a los cristianos. Incluso habían vencido por primera vez al almirante Andrea Doria en una batalla librada en la bahía de Préveza, en la costa oriental de Grecia, el 28 de septiembre del año anterior.

En la fortaleza de Castelnuovo, en la costa de Dalmacia, resistía el tercio viejo mandado por don Francisco de Sarmiento, con dos mil quinientos soldados españoles y unos cientos más de auxiliares alemanes y flamencos que habían quedado abandonados a su suerte, cercados por un inmenso ejército turco apoyado por la poderosa flota de Barbarroja.

Sin posibilidad alguna de recibir ayuda, los veteranos del tercio sabían que estaban condenados a morir, pero rechazaron todas las propuestas de rendición que les formuló Barbarroja. Habían jurado derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de su emperador y de la cristiandad; y aquellos hombres sí sabían lo que significaba cumplir un juramento.

Un caluroso amanecer teñía de una pátina dorada las aguas del Adriático aquel 12 de julio. Desde lo alto de los muros de Castelnuovo los capitanes Juan Vizcaíno y Álvaro de Mendoza, jefes del tercio viejo, contemplaban cómo los otomanos preparaban el asedio a la plaza.

—Son una multitud. No podremos contenerlos por mucho tiempo —comentó resignado Vizcaíno.

—Don Francisco ha dado la orden de resistir hasta el fin. Si aguantamos hasta el otoño, tal vez vengan a socorrernos —alegó Mendoza.

—No acudirá nadie en nuestra ayuda. Estamos solos, amigo. Solos.

Barbarroja mandaba un ejército de treinta mil infantes, siete mil jinetes y quién sabe cuántas tropas auxiliares más. Su flota la formaban cien galeras fuertemente artilladas con cañones de grueso calibre, culebrinas dobles, basiliscos capaces de arrojar proyectiles de más de cien libras y trabucos y morteros capaces de hundir los más firmes tejados. Disponía de diez mil marineros y cuatro mil jenízaros, esos demonios sanguinarios que luchaban como poseos. Los españoles nada podían hacer, salvo resistir hasta el final y encomendar sus almas a la Divina Providencia.

Las galeras otomanas fondeadas en la bahía mostraban desplegados sus estandartes triangulares verdes con la luna creciente en amarillo bordada en el centro. Un millar de hombres comenzaron a desembarcar a lo largo de las costas de la ensenada, en las zonas donde era posible que las galeras fondearan.